# ***El tiempo invariable*: última pieza de la saga veriana**

Para muchos, Pedro Jorge Vera es el periodista emblemático de *Mañana*; para otros, es uno de los impulsores de la Gloriosa; y para pocos, quizá los más sagaces, el paradigma del intelectual fiel a sus ideales y a su país, aunque le haya costado el exilio, la represión y las penurias económicas.

Al empezar a trabajar sobre esta ponencia, me hice la pregunta siguiente: ¿introduce algo nuevo esta novela en la ya extensa bibliografía de Pedro Jorge Vera? La respuesta es sencilla: NO. Ni estilística ni técnicamente, pero *El tiempo invariable* se convierte en la última pincelada al fresco de la historia ecuatoriana que pintó en todas sus obras, desde *Los animales puros* (1946), obra en la que narra años de militancia inicial de un grupo de jóvenes comprometidos con la revolución (Rojas, el apóstol ascético; Moreno, el proletario duro; Suárez, el cínico; David -el protagonista- el intelectual venido de la burguesía que busca en la fe política una razón para vivir) y cómo los avatares de la vida los hacen evolucionar; pasando por *El pueblo soy yo*, novela en la que retrata el velasquismo, hasta llegar a sus *Doce cuentos de la historia* (1997), relatos (El primer grito fue en el XVI.-- El duende enamorado.-- La gloria, la libertad, el amor.-- El reparto del botín.-- El odio en el poder.-- El mudo incestuoso.-- Las lágrimas de Don Juan.-- El último carajo.-- Leyendas del tiempo heroico) en los que revisita los hitos de la historia ecuatoriana.

De hecho, al igual que en *Los animales puros*, desfilan en *El tiempo invariable* arquetipos y en un ingenioso juego dialéctico se oponen el escéptico (Orrala) al apasionado (Eugenio Miranda); el militante auténtico (Miranda) al oportunista de turno (Alfredo Torres); el sardónico (Bejarano) al intelectual frustrado (Jaime Zapata); el nihilista (Orrala) a la idealista (Cecilia); el ingenuo devoto (Sebastián) a la militante anarquista (Violeta Ramírez); y el hombre del pueblo (Emeterio) al escéptico (Orrala).

Esto dicho, Pedro Jorge Vera se enorgulleció hasta su muerte de que su obra contribuyera, aunque sea en mínima proporción, a la creación de una sociedad menos horrible que la actual en la que predominan la injusticia, la crueldad y la corrupción; a la creación de una sociedad en la que la libertad sea algo más que una palabra vacua dada la alienación y miseria que nos rodea. *El tiempo invariable*, su novela póstuma, recoge, según confesó su esposa Eugenia Viteri en una entrevista, su ira debida a toda una década de un panorama social conmovedor, p. 145. Refuerza esta idea el exordio de Eca de Queiroz, que da el tono de la novela: desengañada e iracunda: “Pero ¿quién tiene aquí principios? ¿Quién tiene aquí cuatro principios? Nadie: tienen deudas, vicios secretos, dentaduras postizas; pero principios ¡ni miedo!”.

A continuación, intentaré explicar cómo este manuscrito puro, que no pudo ser retocado por su autor antes de su muerte, materializa esta lucha vitalicia de Pedro Jorge Vera por un Ecuador mejor. Son tres los ejes de estudio que les propongo: la novela de clave, el realismo totalizador y la narrativa del desencanto.

*El tiempo invariable*: una novela de clave

*El tiempo invariable* es un libro de clave, es decir que se hallan en él retratos de gentes que realmente han existido o existen. Este recurso no tiene como propósito directo rescatar héroes y estigmatizar traidores o culpables, sino, como siempre con Vera, despertar el espíritu crítico de las masas. En este sentido, la novela comienza con un proemio en el que es patente la conmoción por la caída de la URSS. Se escucha primero la voz del comunista intelectual Méntor Mera, que vocifera: “Ahora sí, ¡a pensar cojudos” (p. 21). Méntor Mera, en realidad, había pronunciado esta oración cuando, reunidos en la librería de Roura, se enteraron de que la Internacional había resuelto suspender la publicación de su periódico orientador. (*Gracias a la vida*, p. 191).

Después de la presentación del cuadro histórico en el proemio, inicia la narración *in medias res* con la descripción de Pedro Luis Berajano por el narrador: cincuentón acaudalado para quién la humanidad es un circo en el que actúan una infinidad de payasos. Es un ser indiferente a los conflictos sociales y a la política, que escudriña desde la mira de un espectador sarcástico. Criado y formado en Europa, Berajano debe volver al Ecuador para hacerse cargo de los bienes familiares a la muerte de su padre. Es indudablemente cuestionable introducir a este ecuatoriano que viene de fuera para juzgar al Ecuador del 96 al 98. ¿Qué nos quiere decir Vera con eso? Que el ensimismamiento, la falta de diálogo, madurez y acuerdos para preservar los pequeños privilegios de partido son la explicación a la mediocridad política del país? ¿Son tan incapaces los políticos de hacer a un lado los rencores en pro del bien del país, que solo uno de fuera puede reunir a los diferentes idearios?

Y es lo que sucede. En efecto, la novela se abre con el diálogo animado sobre el gobierno de Sixto Durán Ballén entre Eugenio Miranda (líder del PCE), el ultraderechista (Eduardo Santibañez), el leninista-marxista Alfredo Torres, el nihilista Gustavo Orrala y la idealista, Cecilia Delgado. El centro de la discusión es la corrupción y el enriquecimiento ilícito de la familia del presidente a pocos semanas del final de su mandato. Durante esta cena organizada por Bejarano y por Jaime Zapata, su asistente, se delinean las ideologías políticas de los concurrentes: comunistas, socialdemócratas y socialistas.

Al calor de la campaña presidencial para las elecciones del 96, las máscaras van cayendo. Los familiares del socialdemócrata Eduardo Santibáñez están alineados con Nebot, representante del empresariado moderno, pero él elige apoyar y financiar a Bucarám, siguiendo el consejo de su banquero. No importa que había prometido apoyar a Nebot; no importa la ideología, importa quien gane. Le dice su banquero que gobernarán Alvaro Noboa, Roberto Isaias y él. En este caso este “él” es David Goldbaum, cabeza de la Corporación Financiera Nacional y accionista del Banco Territorial, quien, junto con Noboa e Isaias, aesoraría a Bucarám en Economía.

Jaime Zapata, ayudante de Bejarano, era un revolucionario, poeta e investigador en sociología, pero se cambia de bando, hasta tal punto que redacta un manifiesto bucaramista. Alfredo Torres, originariamente leninista-marxista, se desvincula del PCE, funda el partido Emancipación Nacional, y se vuelve asesor de Bucarám. Llegados a este punto es difícil ignorar la analogía que existe entre la actuación de estos personajes ficticios y la de Jaime Galarza Zavala (sociólogo de tesis revolucionarias, redactor de *Mañana*, se afilió finalmente al Partido Roldosista Ecuatoriano en 1991) y de Alfredo Castillo Bujase (fundador de Liberación Nacional en 1987, asesor de Bucarám y candidato a la Vicepresidencia de la República, junto con Álvaro Noboa, en las elecciones de 1998. Sin ambages, el narrador sentencia al respecto:

Por lo demás, Alfredo Torres no era el único. Allí estaba Jaime Zapata, con sus libros a cuestas en los que había planteado tesis radicales, todo para llegar a ministro del régimen infame. Allí estaba Fernando Arce (Fernando Artieda, portavoz y Secretario General de Comunicación de Bucarám) con sus poemas incendiarios, cada uno de los cuales era una bomba, para terminar de propagandista obcecado del gobierno. Y el escritor aquel que escribió una novela aceptable, enlodándose a última hora al aceptar la Subsecretaría de Cultura (Estupiñán Bass). (p. 122).

En último lugar, no podían escapar de la caricatura Sandra Correa, ex ministra de educación, llamada “Ministra Xerox” en la novela por haber plagiado enteramente la tesis doctoral de una amiga suya, y Abdalá Bucarám, llamado “Barbaram” desde que ganara las elecciones. La figura carnavalesca imaginada por Vera bien ayudado por el peculiar carácter del sujeto (mal cantante y bailarín, borracho sempiterno, megalómano) llega a su clímax cuando el presidente sale en medio de la noche del Carondelet asustado por los fantasmas de García Moreno, quien le dijo “Abdalá, hijo mío, más energía, nada de contemplaciones” y de Eloy Alfaro, quien le apostrofara con la fórmula “¡Turco maldito, la pagarás!” (p. 104).

*Realismo totalizador*

En primer lugar, quiero dejar sentado que los acontecimientos históricos articulan la narración, no la enmarcan. Articulan la narración en el sentido de que se hace referencias implícitas al final del mandato de Sixto Durán Ballén, a la enconada campaña presidencial para las elecciones del 96, a la riña Nebot-Bucarám para la segunda vuelta, al advenimiento del “profeta de las masas”, a su estrepitosa salida del Gobierno y al mandato de Fabián Alarcón. Pero, en realidad, lo que importa es la utilización del recurso del doble plano narrativo. Por un lado, una acción lenta, simple y monótona; por otro, los conflictos interiores expresados a través de monólogos transcritos en estilo directo, diálogos y, por supuesto, los comentarios de un narrador demiurgo. Es decir, que en la narrativa de Vera los acontecimientos tienen un doble significado: lo que son en sí (hechos históricos de la Historia con “h” mayúscula) y lo que pueden ser en la conciencia de los hombres. Estos hechos psicológicos desencadenan elecciones, actos y actuaciones que conforman la intrahistoria, como la llamara Miguel de Unamuno en *En torno al casticismo* (1902).

Por ejemplo, para Eduardo Santibáñez, la victoria de Bucarám significa la traición a su ideología por seguir enriqueciéndose, la consecución de un trabajo en una empresa pública para su hijo por su lealtad a la causa; y, al contrario, la caída en desgracia del “*Man*”, como también se llama a Bucarám en la novela, lo aísla de su familia y conduce al despido de su hijo. La desesperación es tal que, desvalido, Santibáñez se confiesa: “Tú ves que cumplo con mis deberes que contribuyo generosamente al culto tú ves que lucho sin tregua contra tus enemigos los evangelistas los masones los comunistas los socialistas todos los que odian y denigran a la Santa Madre Iglesia. Espero tu perdón Señor Santísimo” (p. 149).

En *El tiempo invariable*, los personajes están vistos por fuera y por dentro; por ellos mismos, por los demás y por el narrador. Así, la acción se mueve en el plano político, ideológico y ético, y se ramifica en seis direcciones diegéticas:

* el arribismo de Eduardo Santibáñez.
* el oportunismo del intelectual revolucionario, Jaime Zapata, que cede a las sirenas del dinero fácil sirviendo a “Barbaram”.
* La traición de Alfredo Torres, quien abandona el PCE para asesorar a Barbaram.
* la lealtad del comunista Eugenio Miranda.
* la historia de amor entre el escéptico Gustavo Orrala y la joven viuda idealista Cecilia Delgado.
* El distanciamiento y las burlas de Pedro Luis Bejarano.

En segundo lugar, el realismo de Vera es totalizador porque pluridimensional. Se mezclan pinceladas de romanticismo, imaginación, idealismo, etc. En tres ocasiones en la novela, cuando Bejarano u Orrala organizan cenas, el narrador cede la palabra a los protagonistas para que, sucesivamente, en un párrafo cada uno, nos den su opinión sobre los acontecimientos históricos. En consecuencia, la construcción narrativa de Vera es técnicamente complementaria a veces y contraria en otras, lo que nos obliga a relativizar los hechos, las opiniones y las posiciones éticas.

Además, confluyen en esta novela la filosofía cuando Orrala defiende su nihilismo hedonista; la historia cuando el narrador bosqueja la genealogía de Eugenio Miranda y pasa revista a la Revolución liberal y al primer velasquismo; la sociología y la historia cuando Orrala invita a Berajano, Miranda y Sebastián González para leerles el prólogo de su ensayo *América Latina*. En este, Orrala habla de la falta de identidad del Ecuador, por razones históricas, pero también por disputas regionalistas originadas en la condición precapitalista de Guayaquil y en la feudalista de Quito. Concluye el prólogo de Orrala con esta oración: “Y esto es toda la historia del Ecuador: lucha enconada por el poder, que los tiburones de una y otra región llaman patriótica” (p. 120).

A Pedro Jorge Vera le interesaba la permeabilidad de lo que escribía, le preocupaba que la gente se apropiara de los mundos que creaba. Es por esa razón que los personajes de Vera no solo actúan: piensan y razonan. Es así que abundan en la novela los monólogos interiores y los incisos del narrador para acotar, explicar, completar o reflexionar. Es lo que permite que el lenguaje literario de Pedro Jorge Vera alcance, como preconizara Roland Barthes en su momento, la naturalidad de los lenguajes sociales, merced al vaivén entre lo político-ideológico público y la esfera privada sentimental que, indudablemente, robustecen el realismo totalizador salvado de maniqueísmos e ingenuidades.

Narrativa del desencanto

Decía al inicio, retomando las palabras de Eugenia Viteri, que *El tiempo invariable* es una narración del desencanto, a diversos niveles y desde variadas perspectivas. Primero, un desencanto hacia los políticos: “Lo grave de este país es que ningún político tiene parámetros para encuadrar su conducta. Todo consiste en buscar la oportunidad para enchufar, para colocarse y colocar a sus parientes, para hacer negociados…” (p. 82); segundo, el desencanto de la izquierda revolucionaria, llámese comunista o socialista, incapaz de unirse para proponer otras alternativas al pueblo ecuatoriano; tercero, desencanto hacia el hombre en sí mismo. Sin duda alguna, se aplica aquí la antropofagia social de la que hablaba Juan Montalvo: el hombre es un lobo para el hombre. La envidia, la falta de fe y la ingratitud lo corrompen. Gustavo Orrala denuncia: “Que tanta gente estúpida haya votado por el payaso ladrón, significa que este pueblo no tiene remedio” (p. 85). Es patente el desencanto hacia la especie humana.

Cuarto, desencanto que provocó Bucarám al engatusar a las masas, al ilusionarlos con lo que parecía inalcanzable: tres comidas al día, un carro, etc. Como nunca hasta el 96, la clase baja y la media baja veían sus vagas ilusiones dibujarse. Sus sueños se empezaban a hacer realidad cuando Barbaram tomaba la palabra y les prometía el oro y el moro. En la p. 73, aparece un fragmento de discurso de Bucarám en el que se reconoce su retórica populista: “Compañeritos: ¡a la carga!, a conquistar el poder, a ver si entonces estos ricos de porquería siguen chupándoles la sangre como ahora. Tendremos la república de los pobres y ningún oligarca va a darse gusto con sus autos de lujo, no con sus mozas, que tienen tres o cuatro en la misma cama y que desde el día del triunfo serán propiedad del pueblo. ¡Yo les juro que ha terminado la hora de los ricos y ha llegado la hora de los pobres!” (p. 73). Nuevamente las masas fueran engañadas y nuevamente se desplomó una revolución esperanzadora. El personaje de Emeterio, personificación de los anhelos del pueblo, es conmovedor porque a pesar de las mentiras, de las injurias y hasta de la destrucción de su casa y de la de otros pobres por buldozzers estatales sigue teniendo fe en un futuro mejor.

Decía Pedro Jorge Vera: “Solo cuando el pueblo tome el poder, solo cuando el pueblo efectúe su revolución, terminará esta orgía escandalosa de robos, negociados y atracos. Porque el pueblo no puede robarse a sí mismo, porque el pueblo no ama la *dolce vita*, porque a ella se entregan las oligarquías dominantes; por eso, el pueblo tiene que hacer su propia revolución, ya sin caudillos ajenos: con caudillos que surjan del pueblo mismo” (*Gracias a la vida*, p. 178).

Cecilia se hace portavoz de los designios de Vera. Su fe inquebrantable en el hombre, en su capacidad para liberarse, la misma de la que aducía PJV, se verifica en la última oración de la novela: “Surgido de la lucha contra el mal y la ignominia, el mañana será un tiempo diferente: el comienzo de la historia humana” (p. 165).

Todas las novelas de Pedro Jorge Vera, *El tiempo invariable* no se excluye, aducen de tres elementos recurrentes: profundidad, amenidad y claridad.

Profundidad, porque en *El tiempo invariable* Vera no se limita a retratar la realidad aparente y superficial, sino que parte de ella para crear una narrativa de la autenticidad; cada uno de los 37 cuadros que componen la novela son miniaturas alucinantes de verdad, de verismo y de veracidad, que dejan aflorar los dramas humanos y sus claroscuros.

Amenidad, porque leer la última pieza de la saga de Vera es asegurarse el placer de leer sobre la humanidad, de pensar en ella y, por qué no, solidarizarse con el Ecuador y su devenir. Con esta novela, Pedro Jorge Vera nos lega una renovada visión de nuestro pasado con incidencia en el presente y en el futuro.

Y claridad, porque en su narrativa Vera confronta sin maniqueísmos para cuestionar. Escribir es un acto de fe. En el caso de Pedro Jorge Vera, fe en el advenimiento de un socialismo auténtico, materializado en la repulsa a que el dinero sea la medida de la vida y de los intercambios sociales. Conseguido con una gran economía de elementos, *El tiempo invariable* es una denuncia vibrante ante la conciencia de Ecuador. Esta novela permanece como obra de arte y como protesta, ya que se percibe hoy todavía una sociedad ecuatoriana dividida por las úlceras de la propiedad, de la hipocresía y del arribismo. Con *El tiempo invariable*, Pedro Jorge Vera vuelve a dar su modesto aporte a las batallas del pueblo ecuatoriano para su conquista de la conciencia vigilante en defensa de la libertad y la dignidad.

Calderón Chico, Carlos. (1993). “Pedro Jorge Vera: el escritor, el hombre insobornable”, en *Crónica del río*, núms. 4-5, pp. 83-86.

Calderón Chico, Carlos. (1999). “Pedro Jorge Vera se confiesa. Entrevista”, en *Cultura. Revista del Banco Central del Ecuador*, 2ª época, núm. 7, pp. 33- 37.

Carrión, Benjamín. (1958). “Una novela intelectualizada”, en *El nuevo relato ecuatoriano*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, pp. 201-204.

De Unamuno, Miguel. *En torno al casticismo*. Barcelona: A. Calderón & S. Valentí Camp.

“Entrevista a Eugenia Viteri: «No cambiaría nada de mi vida»”, en Kipus. *Revista andina de letras*, 21, I Semestre, 2007, pp. 139-146.

Mora Witt, Miguel (ed.). (2014). *Pedro Jorge Vera: cien años de un animal puro*. Quito: Imprenta Mariscal.

Poblete Oña, Esteban (ed.). (2014). *Conversaciones: Pedro Jorge Vera y Galo Mora Witt*. Quito: Galo Mora Witt.

Serrano Sánchez, Raúl. (2015). “Pedro Jorge Vera: cartas de un viaje vital (1930-1980)”, en *Anales de la Universidad Central del Ecuador*, vol.1, núm. 373, pp. 401-421.

Torné Reyes, Emmanuel. (2014). “La sencilla lucidez de Pedro Jorge Vera. Notas a propósito de su cuentística”, en *Revista andina de letras*, 35, pp. 14-33

Vera, Pedro Jorge. (1991). *Luto eterno y otros cuentos*. Estudio introductorio, cronología y notas de Darío Moreira. Quito: Libresa.

Vera, Pedro Jorge Vera. (1993). *Gracias a la vida. Memorias.* Quito: Corporación Editora Nacional.

Vera, P. (2000). *El tiempo invariable*. Quito: La iguana bohemia.